

Literatura marginal: la voz letrada de la periferia

Fernando Villarraga Eslava
Universidad Federal de Santa Maria
(Brasil)

En los últimos años el escenario cultural brasileño viene siendo agitado por una serie de eventos que traducen la presencia de un organizado movimiento de escritores, nacidos y/o instalados en las periferias humanas y sociales de algunos centros urbanos del país. Tal hecho viene despertando las más variadas reacciones por parte de determinados sectores de la crítica, tanto académica como periodística, principalmente, por las implicaciones literarias y estéticas que acompañan sus textos y temáticas, al no ajustarse plenamente a los cánones de la ciudad letrada. Por eso, entonces, la cuestión crucial que se plantea inicialmente a quien procura aproximarse sin prejuicios al fenómeno de la autodenominada Literatura Marginal, pues son sus propios representantes los que le dan tal título, es la de abandonar los gestos tradicionales del hombre ilustrado, frente a lo que desafía su visión y sus valores, para asumir en su lugar lo que puede ser considerado, aquí, como principio hermenéutico, el cual tendría que estar orientado para la comprensión del carácter y la identificación de los significados de escrituras, al parecer un tanto descoyuntadas. Porque los primeros indicios de la tímida recepción crítica, que se viene realizando del

movimiento, ponen de manifiesto que las desconfianzas son muchas y las sospechas enormes. Algunas figuras esclarecidas ya advierten sobre los peligros inminentes, las confusiones y las promiscuidades que la onda ruidosa de los marginales comporta, al buscar su lugar en el panteón sagrado de la literatura nacional, ya que, como se sustenta en el manifiesto inaugural, plataforma programática que retoma el espíritu de las vanguardias históricas, ellos luchan *«por un espacio para que en el futuro los autores del gueto sean recordados y eternizados»*. Es decir, *sin solicitar ningún permiso a las autoridades de la cultura hegemónica y canónica, y con el apoyo ideológico de «caros amigos»*¹, ciertos sujetos periféricos del Brasil actual decidieron invadir, de forma orquestada, la esfera pública, para lanzar sus voces estridentes y peculiares escrituras como expresión auténtica de un «pueblo compuesto de minorías, pero en su mayoría un todo». En tal sentido, no dijeron, como la minera boliviana Domitila «se me permiten hablar», porque tomaron por asalto la palabra escrita para dar fisonomía a sus creaciones literarias y artísticas.

Las reacciones contra ese gesto tan radical se hacen sentir en diversas declaraciones de aler-

¹ Sin duda, la consolidación del movimiento se debe, en buena medida, al apoyo que la revista de circulación nacional, Caros Amigos, ofreció al dedicar tres entregas para la publicación de una selección de sus textos, bajo el título: A cultura da periferia – Literatura Marginal (Atos I, II e III)

ta, para tornar claro lo que parece ser esencial en las manifestaciones que se agrupan bajo tal rótulo: para algunos, lo que motivaría a los sujetos periféricos a tomar el bolígrafo, casi siempre por la falta de un computador, estaría ligado a la ingeniosa política de mercado de la industria editorial, al expandir sus fronteras para atender otros públicos consumidores, lo que también explicaría el reciente boom de la literatura carcelaria y de la violencia. Para otros, el aspecto relevante se concentraría no en el hecho de tales sujetos intentar construir su propia representación simbólica a través de la palabra, con la consecuente conquista de un fuerte grado de autenticidad para sus expresiones, mas en el pobre y a veces primario dominio que ellas revelan de los códigos y de las técnicas, generados por las corrientes de la literatura moderna occidental. Para unos pocos, lo más relevante de la literatura marginal sería el carácter problemático que ella encierra, al producir una serie de registros en los que convergen, bajo una curiosa y ambigua operación discursiva, la intención documental, la fuerza del testimonio y la elaboración ficcional de las aventuras y desventuras, vividas por los propios autores marginales. Mezcla que da origen a las dudas y a los interrogantes sobre los parámetros críticos indispensables para abordar el fenómeno en sus reales dimensiones. Por lo tanto, queda claro en estas reacciones, referidas aquí tan sólo superficialmente, la recurrencia de una objeción frente a lo que desde la periferia social y humana de algunas urbes brasileñas se viene proyectando, gracias a la estratégica mediación de heterogéneos agentes culturales y de los artificios del mercado, como un corpus de objetos textuales cuyo signo distintivo es el de proyectarse como literarios, con el sello nada pacífico del adjetivo marginal que sus productores les imprimen al ser puestos en circulación.

En tal sentido, pues, lo que quiero realizar aquí, además de la presentación respectiva, es el esbozo inicial de una agenda crítica para el

abordaje de un movimiento consolidado, cuyas resonancias, directas o indirectas, ya se hacen sentir, para el lamento de sus detractores, y el beneplácito de sus simpatizantes, en el campo de interés de instituciones y figuras de la vida universitaria, y en la esfera de acción de varias agrupaciones culturales. Puede decirse, entonces, que en razón de la complejidad de un universo a todas luces bastante pantanoso, a comenzar por la naturaleza de sus agentes, que obliga a reconocer que se trata de la voz del otro, con su derecho constitucional a también hacer uso de la letra impresa, es que deben ser formuladas las indagaciones, para procurar establecer la identidad y los posibles sentidos que conlleva la autotitulada Literatura Marginal. Caso se quieran evitar, por supuesto, los juicios precipitados y absolutos que, a veces, la razón ilustrada produce, cuando las sombras de cuerpos extraños se tornan una potencial amenaza para la paz artística y simbólica de su mundo. Pues no deja de llamar nuestra atención el hecho de que en las escasas reseñas y opiniones críticas, hasta ahora emitidas, resulte visible la tendencia genérica a descalificar, a restringir o a superestimar los alcances que tendría el movimiento, sin que, por otro lado, se brinde atención específica a todos sus elementos híbridos o contradictorios, a las tensiones que se instalan en la lógica discursiva de sus representaciones, a los diferentes niveles de significación que emanan de sus escrituras, por demás heteróclitas, en fin, a la diversidad de factores que conforman esa literatura en cuanto proyecto y realidad concreta que se inserta en el contexto de la sociedad brasileña contemporánea.

Por eso quizás la primera cuestión a ser enfrentada sea la referente a las dimensiones semánticas e ideológicas de la propia denominación, porque los dos términos, literatura y marginal, como bien se sabe, cargan consigo una larga historia de polémicas y conflictos, al tener un lazo umbilical con una

Para unos pocos, lo más relevante de la literatura marginal sería el carácter problemático que ella encierra, al producir una serie de registros en los que convergen, bajo una curiosa y ambigua operación discursiva, la intención documental, la fuerza del testimonio y la elaboración ficcional de las aventuras y desventuras, vividas por los propios autores marginales.

serie de discursos que nombran diversas prácticas humanas y sociales. Algo que no se reduce a un simple truismo. Basta recordar que bajo el concepto de literatura, sustantivo que se escribe automáticamente con mayúscula, de acuerdo con la visión clásica dominante, se reunió casi siempre, en las extensas tierras de Santa Cruz, toda la producción escrita que se encajaba, de alguna manera, en los moldes canónicos elaborados por las culturas europeas de mayor prestigio. Al extremo de que nunca fue necesario el uso de un adjetivo para su distinción respectiva. Literatura dentro de las fronteras de la nación brasileña siempre fue Literatura. Sin embargo, el recorte que se realiza para delimitar el corpus correspondiente a cada época o tendencia, con las potenciales variantes según la orientación que sigan los agentes y las instituciones, nunca estuvo desligado de la operación implícita o explícita de silenciar, desvalorizar o relativizar otras prácticas e expresiones de carácter literario que, por los artificios expresivos o formatos con las cuales se estructuran, pasan a ser definidas como pertenecientes al universo de la literatura folclórica o masiva o popular. Y aquí sí tiene

pleno sentido, para esa perspectiva, el uso de tales adjetivos, pues con ellos se ejecuta la profilaxis de lo que puede desajustar los moldes. Al mismo tiempo, a esto se suma el hecho de la carga semántica del término marginal: estar asociada a todo lo que debe ser inevitablemente condenado, castigado y/o expulsado por constituir un peligro, aunque se trate, como en este caso, apenas de escrituras que tienen la clara pretensión de ser literarias, pero cuya legitimación pasa a depender en buen grado, y no por coincidencia, de aquellos que controlan el poder simbólico del campo.

De ahí que el aspecto a ser observado, en un primer momento sea, justamente, el de las implicaciones que derivan del gesto de autodenominar toda su producción textual como Literatura Marginal, pues con eso el «pueblo de la periferia / favela / gueto» procura, sin aparentes traumas o complejos, asumir públicamente su identidad artística, cultural y social diferenciada. Aquí está el dato inédito que emerge, permitida la paráfrasis, cuando nuevos personajes entran en escena². Dato que precisa ser entendido, entonces, como la señal más evidente de la irrupción de un movimien-

² Se hace aquí la paráfrasis del título de uno de los libros más conocidos del sociólogo Eder Sader, *Quando novos personagens entraram em cena*, en el cual se analiza la emergencia de algunos de los llamados nuevos movimientos sociales del Brasil.

to que aglutina sujetos variados de «tribos» o de «galeras»³, los cuales, apropiados de la estratégica tecnología de la palabra escrita, aunque su dominio resulte bastante singular, comienzan a trazar sus signos para dar visibilidad a energías creadoras, cuya fuente inspiradora es, de modo preferencial, la propia experiencia de sobrevivir en las estrechas y miserables márgenes de una sociedad que excluye o elimina sus hijos no predilectos. Por eso la composición del movimiento abarca un amplio elenco de escritores que, en razón de su lugar de origen periférico y/o condición social subalterna, se presentan, bajo una altisonante variedad nominal, como favelados, indios, desempleados, (ex)presidarios, negros, pobres, rappers, nordestinos, grafiteros, miembros de asociaciones de barrio o de pescadores, es decir, como sujetos que transitan y están inscritos en espacios degradados y violentos, que pertenecen a las nada glamorosas márgenes de la sociedad brasileña. Por lo tanto, la acepción marginal de esa literatura lleva al centro de la reflexión crítica la problemática crucial que envuelve el uso nada inocente de un adjetivo tan cargado de valor ideológico, pues, como resulta gramaticalmente obvio, confiere al sustantivo que acompaña una tonalidad diferente de la que acostumbra tener entre las élites letradas.

En verdad, lo que ese adjetivo comporta es el deseo programático de colocar en jaque el derecho de exclusividad que los sectores hegemónicos de la sociedad brasileña tendrían para emplear la palabra escrita en su dimensión literaria, porque para el movimiento lo que

importa, como se afirma en el «manifiesto» que abre la primera de las tres entregas de «La cultura de la periferia: Literatura Marginal»⁴, es revertir un proceso de más de 500 años, que siempre negó el derecho vital «*de un pueblo masacrado pero no derrotado*» a expresar su voz y su letra. Entonces, es la fuerte y reprimida voluntad de escribir para ser escuchado lo que impulsa el asalto al poder de la voz letrada, ya que así resulta posible, según la visión y el espíritu que los agrupa, hacer empleo de «*nuestro vocabulario que es muy precioso*», para registrar y transmitir el «*grito del verdadero pueblo brasileño*».

Una tarea cuyas implicaciones plantean de forma inmediata dos asuntos polémicos: por un lado, la concepción específica de lo que vendría a ser la naturaleza y la función de la literatura como práctica de lenguaje, y, por otro, el propósito expreso de construir la auto-representación a través de textos que se presentan como literarios, sin aparentes mediaciones externas. El primero coloca, una vez, más en la mesa de discusión, ahora bajo otra mirada, el sentido de caracterizar el hacer literario en razón del compromiso inevitable que tendría con una determinada realidad, la que viven los grupos subalternos de la sociedad brasileña, sólo que teniendo como agentes responsables a los propios sujetos que desde las periferias humanas, sociales y culturales la van constituyendo. El segundo, conduce al problema clave que se instala con la modernidad sobre la pertinencia y la validez de representar al otro, aquel que emerge como presencia de la alteridad, pasible de ser transpuesto, según la visión ilustrada, al campo simbólico y artístico,

³ Con esos dos términos se alude en el Brasil, casi siempre de modo genérico, a una serie indistinta de grupos y de comunidades de toda especie: vivenciales, deportivas, culturales, etc.

⁴ Ver nota 1.

⁵ La actuación de Ferréz es por demás estratégica, pues, además de su proyección nacional como escritor con un relativo suceso, su nombre siempre figura como organizador, promotor y/o incentivador de los diferentes proyectos y realizaciones de la Literatura Marginal. Así, por ejemplo, él fue el responsable directo de las tres entregas citadas de la revista Caros Amigos, en la que es uno de sus columnistas permanentes, y organizador del libro *Literatura Marginal: talentos da periferia*.

porque carece supuestamente de medios expresivos para su propia representación; tal como lo harían, por ejemplo, muchas obras que ciertos escritores de las clases medias produjeron por solidaridad ideológica y convicción política. Los dos asuntos, entonces, nutren, en diversos grados, algunos juicios valorativos que, sin la prudente distancia crítica y con escaso rigor hermenéutico, quieren validar o invalidar las diferentes y peculiares manifestaciones de la Literatura Marginal.

Frente al cuadro sintético aquí presentado resulta más que pertinente indagar: ¿qué es lo que se nombra en definitiva con la expresión Literatura Marginal? La respuesta, que de inicio parece fácil, lleva a observar que se trata de un movimiento bastante articulado cuyos matices y ramificaciones extrapolan el territorio de lo literario, en la medida en que toda su actuación pública, en la que se detaca, sobre todo, la de su idealizador y especie de portavoz oficial, Ferréz⁵, está dirigida a cuestionar el orden de un país construido históricamente sobre la base de la injusticia y la discriminación de los sectores populares. Ahí residiría el factor que le da cohesión al movimiento y una aparente homogeneidad. Pero al mismo tiempo, a pesar de que la gran mayoría de sus miembros pertenece y participa de la vida que se lleva en diferentes universos periféricos, favelas y prisiones, grupos de hip-hop y movimientos populares, por ejemplo, los productos que ponen en circulación a través de libros, revistas o sitios en la Internet, arte callejero y barrial, están marcados por la heterogeneidad de los recursos expresivos accionados, las técnicas empleadas y los lenguajes movilizados. De ahí, pues, que se plantee esa especie de imperativo categórico de reconocer el carácter de la Literatura Marginal, en cuanto movimiento organizado, como una clara toma de posición de algunos sujetos subalternos frente a la sofocante realidad social y humana que enfrentan y, lógicamente, como realización de una pro-

puesta cultural que reivindica el pleno derecho a ser la voz letrada de las periferias brasileñas.

Sin embargo, como ya fue señalado, dicho carácter no invalida la implementación de proyectos individuales o la existencia de corrientes internas, tal como se verifica en las tres entregas referidas o en las obras publicadas bajo su impronta. Basta confrontar, a título de ilustración, los libros de Paulo Lins y Ferréz para percibir como *Cidade de Deus* y *Capão Pecado*, transitando ámbitos temáticos similares, son dos artefactos literarios con visibles diferencias en sus respectivas soluciones narrativas y ficcionales. Y aquí no hay como huir de un dato sociológico primordial. Paulo Lins, ex-habitante de la favela que da nombre a su novela, adaptada después al cine, está vinculado al universo de la cultura letrada por su trayectoria académica como antropólogo. Ferréz, adscrito a la realidad cruda y despiadada de un barrio periférico paulista, Capão Redondo, «famoso» por sus índices de criminalidad y violencia, se articula a la esfera letrada siguiendo las vías, siempre accidentales, de muchos autodidactas. Así, a lo que las diferencias remeten es al problema crítico de establecer cómo las obras, a partir de las condiciones respectivas de su producción, son organizadas bajo la lógica inherente a las narrativas novelescas y las potenciales significaciones, al proyectarse como representaciones literarias.

En tal sentido, para desarrollar la propuesta de una agenda crítica inicial, resulta más que prioritario observar de forma puntual cómo la tecnología de la palabra escrita pasa a ser incorporada por sujetos que, en la gran mayoría de los casos, están inmersos en tradiciones orales y registros de la cultura visual, pues sus prácticas discursivas indican globalmente, al menos en una primera lectura de sus objetos textuales, ninguna, poca o relativa familiaridad con los códigos dominantes de la ciudad letrada. Tal vez sea eso lo que venga a explicar los trazos relevantes de sus lenguajes, casi siempre claros

y directos, y la fuerte tendencia a reproducir en el nivel de la escritura la «incorrección» y las variantes del habla periférica. Por eso, el otro aspecto que merece especial atención es el referido a las formas de vencer o no los óbices que imponen las normativas gramáticas de los sectores cultos, es decir, a las tácticas que los marginales implementan para lidiar con ellas en un terreno que recién están explorando. Es que no deja de ser significativo que en algunos de sus textos publicados sea notoria una cierta corrección sintáctica y gramatical, como si ya hubiera un cierto dominio de la expresión escrita, de la llamada norma culta, lo que parece un tanto extraño cuando se observa la biografía social de sus autores. Parece así que el uso de la palabra escrita coloca al escritor marginal en una curiosa y compleja paradoja. Porque si con ella el subalterno puede convertirse en sujeto de la vida literaria, asumir la identidad de

escritor aunque esté inscrito en los márgenes sociales, sin tener que esperar que tal derecho le sea concedido por la acción de cualquier agencia pública o privada, al mismo tiempo, tal sujeto estaría preso a la racionalidad del universo letrado, a las expectativas e demandas que el propio quehacer literario hegemónico le impone a su escritura. ¿Literatura Marginal para fijar los trazos de pertenencia a las márgenes y para los que saben decodificar la palabra escrita? Quién sabe, pues no es esa la paradoja que se registra embutida en el citado «Manifiesto de apertura», al proclamar, con nítido sabor de desafío, que *«estamos en el área, y ya somos varios»* y que su lucha es para que *«los autores del gueto sean recordados y eternizados»*. O sea, es en tal paradoja que se revela uno de los conflictos centrales que la voz letrada de la periferia vive al invadir el espacio social de la cultura hegemónica brasileña. **BU**